



UN NAUFRAGIO.

EL NAUFRAGIO.

No es nuestro ánimo, queridos niños, alligiros con la narracion de los terribles peligros que se corre en el mar, ni presentar á vuestra vista el vano espectáculo de grandes miserias. Solo nos proponemos mover la compasion de aquellos de nuestros lectores que viven en los puertos de mar, á fin de que socorran á los naufragos cuando las facultades de sus padres se lo permitan.

Sí, porque es muy noble la profesion del soldado que empeña su libertad y expone su vida por asegurar la vida y la libertad de sus conciudadanos. El soldado desde el momento en que se acoge á las banderas, solo pertenece á la patria; despues de un severo aprendizaje; despues de penosos trabajos durante los años mas bellos de su vida, muchas veces no obtiene otra recompensa que eternos dolores de resultas de sus heridas.

Pero si son precisos muchos años para formar un buen soldado, cuánto tiempo, cuántos estudios, cuánta paciencia y valor necesita el niño que quiere ser algun dia un buen marino! Para el marino nunca hay paz, jamás hay tregua; porque cuando ha dejado de hacer la guerra á los hombres, tiene que luchar con los elementos, y peligros sin gloria vienen á reemplazar á peligros gloriosos.

No es triste, queridos niños, perder la vida en medio de los mares, despues de ser juguete de las embravecidas olas por espacio de dias enteros? No es horrible la situacion del marino que, próximo á naufragar, si alza los ojos al cielo, le vé cubierto de negras nubes, y si los baja al suelo descubre un abismo sin fondo? No es hondamente desconsolador no oír en torno suyo en ese instante supremo, sino los silbidos del viento, los rugidos de la tempestad, y el bramido de un mar cada vez mas enfurecido?... Oh! compadece á los naufragos, y si alguna vez

encontrais á un infeliz , salvado milagrosamente de una muerte casi segura, aliviad su miseria, porque si todas las limosnas son gratas á los ojos de Dios, lo es mucho mas sin duda alguna la que destinamos al naufrago que expone por su patria nada menos que su existencia!

HISTORIA SAGRADA.

REINO DE ISRAEL.

II.

REINADO DE JOAS.—LOS SIRIOS VENCIDOS.

Joas, lleno de esperanzas, y animado por las promesas del Señor, empleó los primeros años de su reinado en preparar todos sus medios para conseguir vengar su reino de los ultrajes de la Siria.

La muerte de Eliseo y las predicciones que le hizo el santo varon, le indujeron á no esperar mas.

Reunió á su pueblo, y le confió sus proyectos, pi-diéndole que los secundase.

— Ya es tiempo de recobrar el valor, exclamó Joas, pues el Señor se ha compadecido de nuestros dolores, no olvidando que sois los hijos de Abraham, Isaac y Jacob, sus fieles siervos. Quiere renovar con vosotros su alianza, pues si os ha castigado ha sido para probaros. Por boca de su profeta Eliseo nos ha prometido la victoria, y así tened valor, alzad la cabeza, y marchad contra los sirios que esclavizan nuestra patria.

Estas palabras fueron aplaudidas, y se dispusieron á emprender la guerra.

Pero aquel pueblo perverso y endurecido en el crimen, al mismo tiempo que conocia que solo el poder

de Dios podía salvarle, no pensó ni un instante en renunciar al culto de sus ídolos.

El rey no se atrevió á hablarle acerca de esto, y su silencio los animó á seguir su vergonzosa conducta,

Antes de dejar el reino para guerrear en países lejanos, Joas, no queriendo dejarlo entregado á sí mismo, dió el título de rey á su hijo Jeroboam, con entera autoridad.

Marchó en seguida contra los sirios, y los derrotó en el primer encuentro: luego, aprovechándose de su consternacion, arrebató á Benadad parte de las plazas que Hazael habia quitado á Jehu y á Joachas.

Por espacio de tres años, protegidos los israelitas por el Señor, pelearon contra los sirios, y al fin los arrojaron de todas las poblaciones que habian conquistado en vida de Joachas.

Hecho esto, Joas empleó los ocios de una larga paz en aumentar el número de sus tropas, á fin de hallarse siempre dispuesto á luchar contra los que intentasen atacarle.

Llevó su poder á tal altura, que el rey de Judá no pudo sufrir su envidia, y habiéndose encendido entre ellos una guerra sangrienta, Joas entró triunfante en Jerusalem, llevando cautivo á su enemigo. A poco se retiró con todos los tesoros de éste, muriendo á los diez y seis años de su reinado.

EGIPIÓN EL AFRICANO.

(Artículo 5.º)

Mientras seguia al marabout que le conducía á la tienda de Abd-el-Kader, el sargento se preparaba á aquella entrevista que le parecia solemne. « Ay, Guitar-

rilla, se decia á sí mismo, se trata de demostrar de lo que eres capaz. El ejército francés tiene puestos en tí los ojos: que no se diga que un sargento de granaderos ha inclinado el pabellon delante un árabe, aun cuando fuese el profeta en persona. Se dice que es un pícaro; pero el buen sentido vale algunas veces mas que el talento: valor pues, amiguito, probemos á estos tunantes que el único medio de que Guitarrilla baje la cabeza, es que se la corten.»

Cuando llegaron á la tienda, el marabout hizo al prisionero una seña para que entrase, y éste lo hizo sin vacilar. Abd-el-Kader se hallaba solo, y lanzó una mirada escudriñadora al soldado, el cual fué á colocarse delante de él en una posicion militar, tan derecho y tranquilo como en un dia de parada. Por algunos momentos reinó el silencio entre aquellos dos hombres, el uno jefe supremo, sultan de las tribus independientes, santo, casi profeta entre los árabes, teniendo derecho de vida y de muerte sobre todos cuantos le rodeaban; bastante fuerte para exigirlo todo, para recompensar y castigar, cercado de una aureola de gloria y de un poder que exaltaba todavía mas el fanatismo religioso: el otro, valiente sargento francés, armado tan solo de su valor, de su imperturbable sangre fria, de su desprecio á la muerte, envanecido con sus galones y su cruz tan bien ganada. Esos dos hombres se miraron algunos instantes, sin que ni el uno ni el otro bajasen los ojos ante la mirada de fuego de su adversario.

Guitarrilla fué el primero que rompió el silencio. Levándose la mano militarmente á su gorra, dijo con voz firme: «ciudadano sultan, me has mandado buscar, y ya estoy aquí: no sé lo que quieres decirme; pero antes que me lo manifiestes, debo prevenirte una cosa. No esperes recabar del sargento Leroux, llamado Guitarrilla, nada que sea contrario al honor de la Francia: vosotros teneis una costumbre algo salvaje, cual es la de cortar la cabeza á los prisioneros y heri-

dos; esto no es muy agradable; mas diré, no es muy delicado; sin embargo, á mi modo de ver las cosas, esto no supone nada. La suerte de las armas me ha traído á tu poder; toma mi cabeza, si quieres, mas no creas que voy á rescatarla por una bajeza.

«Ahora te escucho.»

Abd-el-Kader miró de nuevo al sargento, y despues haciendo un gesto brusco, le alargó la carta, diciéndole: «lee.»

Guitarrilla cogió el papel, le dió vueltas, y recordando su tono natural, le dijo:

«Ciudadano sultan, el hombre no puede poseer todos los talentos. Yo tengo algunos muy agradables; pero debo convenir que la lectura ocupa el primer lugar entre los que se les olvidó enseñarme á mis queridos padres. Si fuera letra de imprenta, con alguna preparacion lograría entender algo; si fuese letra de mi sargento mayor, pase tambien; pero de oficiales, de general! imposible, sultan; en el ejército francés se estima que cuanto mayor es la graduacion, tanto peor se escribe.

«Te ries, sultan, y es preciso sepas que puede uno tener muchas buenas cualidades, y no saber leer. Aquí donde me vés, he tenido un perro que era mas valiente y entendido que yo, pues me salvó la vida y aun la bandera del regimiento. Pues bien! si le hubieran dado á leer una carta, nada habria comprendido. No hay pues que extrañarse de que un soldado no sepa leer. Por lo demás, si puedo servirte en alguna otra cosa, no tienes mas que hablar; no te tengo odio, y por lo mismo pídemelo que quieras.»

Por toda respuesta, el sultan le arrebató la carta, y le dijo en tono seco: «véte.»

«Con mucho gusto, dijo en voz baja Guitarrilla, pues no es muy agradable tu conversacion; hasta nunca, pícaro marabout; pero es igual, no te he dicho lo que querias que te dijera, y has quedado fresco.»

Grande habia sido la inquietud de Escipion duran-

te aquella entrevista; así es que se tranquilizó luego que Guitarrilla le dijo en tono burlón: «Si Kader solo tenía tres colas, ahora se puede asegurar que tiene cuatro, porque acabo de hacerle una soberbia. Creía que iba á decirle lo que habia en la carta!... aun cuando hubiera podido hacerlo fácilmente, mejor hubiese querido tragarme la lengua. No tengas cuidado, muchacho, que lo mismo sabe ahora que antes.»

Pasó el resto del dia tranquilamente, y á la mañana siguiente, en el momento en que Guitarrilla y Escipion hablaban en voz baja de su deseo de volver á su regimiento y á su patria, entró en la tienda uno de los chaous de Abd-el-Kader, y exclamó: «Perros de cristianos! tal vez pensais libraros, y es preciso que os desengañeis. Vuestras tropas acaban de ser derrotadas; vuestro sultan ha sido asesinado en París, y todos los cristianos que han venido á pisar la tierra de Africa van á verse obligados á volver á Francia para sostener en ella la guerra civil.

—Mientes, respondió Escipion; si nuestras tropas hubiesen sido rechazadas, ya estaríais en persecucion suya para exterminarlas, y si el sultan de los franceses hubiese muerto, no por esto renunciaríamos á nuestra conquista.

—¿Qué es lo que te cuenta ese morisco? preguntó Guitarrilla al notar la animacion de su hijo.

—Viene á anunciarnos que nuestras tropas han sido derrotadas.

—Derrotadas! exclamó Guitarrilla; dile en todas las lenguas que pueda entender, que él vá á ser el derrotado, si no da media vuelta á la izquierda, y se marcha á paso acelerado.»

En aquel momento oyéronse los sonidos de la música; todo el campamento prorrumpió en gritos de alegría, y las tropas del sultan se dispusieron á celebrar dignamente la derrota de los franceses.

Abd-el-Kader habia esparcido aquella noticia en todo el campamento para exasperar los ánimos, y aun-

que estaba seguro de que era falsa, mandó que se celebrase con públicos festejos.

Guerreros antes que todo, continuamente en guerra entre sí cuando no tienen otros enemigos, es un gran placer para los árabes hacer simulacros de combates, y quemar pólvora. Poseer mucha pólvora es un gran mérito entre los árabes y el mayor elogio que hacen de Abd-el-Kader. «El sultan es santo, dicen, es grande, posee mucha pólvora.» En sus cantos de guerra prometen á los que mueran como valientes un paraíso en el cual tendrán cuanta pólvora apetezcan.

Dióse principio á los festejos, y permitieron á Guittarrilla y Escipion que los presenciáran.

«No sentiré, dijo el sargento, ver como estos salvajes juegan á la guerra, pues será cosa bonita.»

Abd-el-Kader, que se prestaba de buena gana á esas maniobras que debian excitar el espíritu militar y halagar el gusto de sus partidarios, dividió la caballería en dos pelotones. Uno de ellos, abandonando los burnous y los jaiques, y sin mas traje que las chaquetas y los pantalones encarnados, representaba á los franceses, y el sultan se colocó en sus filas; el otro con burnous y jaiques, representaba á los árabes.

Aquellas tropas se colocaron á quinientos pasos unas de otras, y diez ginetes del partido francés comenzaron la escaramuza, saliendo á su encuentro dos árabes. Primero al paso, unos y otros picaron á sus caballos, y cuando estuvieron á veinte y cinco pasos, lanzando los árabes su grito de guerra, partieron á galope agitando sus burnous, hicieron fuego, sacaron sus sables, é hicieron el simulacro de un combate con arma blanca. Animada la accion poco á poco, creció la confusion en medio de los gritos y los tiros; cuando casi todos habian tomado parte en la lucha, los tambores tocaron llamada, y los ginetes volvieron á sus respectivos cuerpos. Algunos instantes despues empezó de nuevo el combate. Apartándose entonces del campo de batalla algunos ginetes del bando árabe, se lanzaron hácia la

llanura, y figuraron que perseguían á los franceses: despues se batieron en retirada, disparando muchos tiros contra sus adversarios.

No hay necesidad de decir que siempre acababa la lucha con la derrota de los franceses. Así, cuando queria que el combate cesára, Abd-el-Kader se precipitaba en medio de los combatientes, y se dejaba cojer por dos árabes, los cuales le llevaban á su tienda con gritos de entusiasmo. Entonces todo se acababa por aquel dia, pero volvian á empezar á la mañana siguiente.

—«¿No es mas que esto? dijo Guitarrilla; mejores cosas he visto yo en el Circo Olímpico: allí siempre son los prusianos, los rusos ó los beduinos los que salen mal, y esto es mas verosimil. Y se toma uno la pena de venir de tan lejos, de ser tan maltratado para ver lo que se vé en París todos los dias!...»

Durante aquellos dias de alborozo habian olvidado á los prisioneros. Despues de los combates, los árabes solazábanse en las tiendas, y comian el *coucoussou* en honor de la próxima victoria, pues el sultan mandaba repartir á los combatientes todo lo que las tribus inmediatas llevaban al campamento.

Guitarrilla no estaba muy satisfecho de aquel régimen harto severo, y decia:

«Si creerán estos pícaros que podemos mantenernos con aire del tiempo, ó nos tomarán por camellos, que solo comen cada quince dias, y no beben hasta que llueve! Me parece sin embargo que ahora que tienen carnero y *broucousson* á pedir de boca, nos podian dar un poco.

—Paciencia, padre, le decia Escipion; no hay que quejarse, que ya nos darán de comer.

—Ya nos darán, ya nos darán, y hace dos dias que me consuelo con la esperanza. Sin embargo, esto no puede durar así... Justamente viene allí un ayuda de campo de Kader; voy á decirle lo que me ocurre, y aunque no me entienda, á lo menos desocuparé lo que tengo encerrado en el corazon.»

En efecto, en el momento en que Guitarrilla manifestaba de este modo su descontento, Escipion descubrió al primero de los servidores de Abd-el-Kader que se dirigía hácia su tienda. Guitarrilla salió á recibirle, é impidiéndole el paso, gritó en voz alta, esperando sin duda hacerse entender mejor:

—Es preciso convenir en que son VV. famosos trovadores! Porque han comido VV. bien, piensan que los demás no tienen hambre. Sepan VV. que cuando se hace prisioneros es preciso alimentarlos. Entre nosotros hay quien dice que el apetito se despierta comiendo, y yo digo que se despierta mas pronto cuando uno no ha comido nada. Ya hace dos dias que estamos en ayunas, régimen que puede ser muy bueno contra las indigestiones, pero con el cual no estoy muy conforme.»

Escipion se habia acercado al oficial, y pidió en árabe hablar á Abd-el-Kader: el chaous le respondió:

—El sultan quiere hablarte, pues ha recibido dos cartas de Argel.

—Padre, dijo Escipion á Guitarrilla, voy á la tienda del sultan, y le haré presentes nuestras quejas: paciencia, que en un instante estaré de vuelta.

—Con tal que no sea muy largo, corriente, respondió Guitarrilla; pero si esto se prolonga, voy á hacer un guisado con un marabout y dos ó tres beduinos: así puedes decírselo.

Cuando llegó á la tienda del sultan, Escipion tomó la palabra, y le dijo:

—Me habias prometido que mientras estuviésemos cerca de tí nada nos faltaría, y ya hace dos dias que no hemos comido.

—Es un olvido que al instante se reparará, repuso Abd-el-Kader; pero antes óyeme: aquí están dos cartas que vienen de Argel; la primera es de los prisioneros enviados por vuestros generales á Marsella.

—¿Y qué te dicen?

—Yo no sé mentir; dicen que los tratan bien; hé aquí su carta.

—Ya lo vés, repuso Escipion, despues de recorrer la carta; tus soldados cuando caen en nuestro poder reciben buen trato; no se les corta la cabeza, no se les pega, estan bien alojados, bien mantenidos, y se les recibe perfectamente en la hermosa ciudad de Marsella, mientras nosotros, arrastrados de campamento en campamento, tenemos que sufrir toda clase de injurias y privaciones. ¿Es esto justo?

—Si necesitas alguna cosa, ¿por qué no la pides?

—Sí, sé que por orgullo me la darías; pero entre nuestros soldados no hay necesidad de pedir, pues se previenen sus deseos, segun te escriben ellos mismos. Ya ves de que parte están la justicia y la generosidad.

—Puesto que dudas de mi generosidad, quiero darte una prueba de ella. La segunda carta es de uno de los generales, y me la envia con la traduccion. Me pide un canje de prisioneros, y quiero que vuelvas entre los tuyos.

—Este es el mas ardiente de mis deseos.

—Vas á escribir á tu general que necesito tres árabes, arrestados en Marsella, por tu rescate.

—¿Y mi padre que está aquí conmigo?

—Con este me quedo.

—Entonces no escribiré: no dejaré á mi padre; y cuando me digan que Abd-el-Kader es un sultan grande y generoso, tendré derecho para decir que esto no es verdad, y que esos cristianos á quienes llama perros son mas compasivos que él con sus enemigos.

—Cuando llegues á Argel, hablarás del cange de ese soldado, y será un asunto que se arreglará fácilmente.

—Ese soldado de quien hablas con desden, exclamó Escipion, ha recorrido con gloria la Europa entera; ha derramado su sangre en todos los campos de batalla en que la Francia ha triunfado! ¿Y quieres que yo, yo hijo suyo, lo abandone á la crueldad de tus soldados, que le deje aquí sin apoyo, sin consuelo, sin defensa contra los tuyos? Dicen que eres grande y generoso, Abd-el-Kader; pues bien, te lo pregunto, ¿qué pensa-

rías del hijo que abandonase á su padre? ¿quién pagaría su libertad con una baja? En honra tuya creo que le despreciarías. De consiguiente, no puedo aceptar tu proposición, porque no creería en tu promesa.

Abd-el-Kader no respondió al principio, sorprendido al parecer con aquella vehemente alocución; reflexionó, examinó atentamente á Escipion, que le miraba con firmeza, y al cabo de algunos instantes de silencio, le dijo:

—Escribe á tu general que quiero diez prisioneros de Marsella, los que yo elija, por tu padre y por tí.... Si con este motivo quieres escribir á tu familia, puedes hacerlo, seguro de que nadie leerá tu carta.

—Mi familia, respondió dolorosamente Escipion! Parte de ella yace en tierra africana, y el resto se halla en tu poder. ¿A quién escribiría pues? El regimiento, la bandera, hé aquí cuanto en adelante nos liga á la vida.

Y el pobre chico vertió algunas lágrimas que se apresuró á enjugar.

Al momento se escribió la carta para el general, y Abd-el-Kader, con lealtad, la expidió al instante, diciendo:

—Ya ves que envío tu carta á Argel; luego que obtenga respuesta, te la manifestaré.

Escipion se encaminó á su tienda bajo la impresion de aquella conferencia, y Guitarrilla le salió al encuentro, gritándole:

—Y bien, muchacho, ¿has sacado á Kader alguna cosa para reparar nuestras fuerzas? ¿Le has explicado bien que si la cocina no se mejora nos veremos obligados á rebelarnos? Por lo pronto, te prevengo que desde ayer por la mañana tengo el estómago en los talones, y que esto no puede durar mucho tiempo.

Apenas habian entrado en la tienda padre é hijo, les sirvieron una comida tan suculenta como podian esperar, y á la cual hizo Guitarrilla los más distinguidos honores.

—Es igual, decia en voz baja; es preciso que mi

hijo sea un famoso merodeador, porque obtiene todo cuanto yo quería de ese pícaro sultan, que ni siquiera me ha respondido una palabra. Lo que sirve la instrucción! Oh! si yo hubiera tenido alguna, llevaría la charretera; en fin, no importa, y es necesario consolarse; con tal que yo se la vea á Escipion, no me quejaré.

La carta al general tuvo el resultado que debia esperarse, y el canje fué aceptado. Abd-el-Kader anunció á los prisioneros que iban á ser conducidos hasta las avanzadas francesas, donde debian hallarse los árabes rescatados.

Obligado á hacer que escoltasen á los dos franceses para sustraerlos á los malos tratamientos de las tribus por en medio de las cuales tenian que pasar, Abd-el-Kader se aprovechó de aquella caravana para enviar de regalo al emperador de Marruecos cuatro mujeres, cinco fieras, águilas, caballos, tapices y dinero.

Las cuatro mujeres iban encerradas en una especie de jaulas, provistas de gruesas cortinas que no permitian verlas.

Los animales eran una leona jóven, que corria en el campamento y jugaba con todo el mundo; dos leoncillos, que no teniendo todavía dientes mamaban á unas cabras, y dos panteras muy malas, que mordian y arañaban á los árabes que se les acercaban. El chaous encargado en custodiar aquellos animales decia un dia á Guitarrilla que miraba los preparativos de la marcha:

— ¿Hay animales como estos en tu pais?

— ¿En mi pais? replicaba Guitarrilla con el aplomo de un general; allí es otra cosa. Los leones, las panteras, los tigres se pasean á manadas en el campo. Son en mayor número que los carneros y mas mansos que los caballos.—Y los árabes al oír aquellas carocas abrian tanto ojo.

La caravana se puso en marcha, y Escipion en el momento de partir, estrechó la mano de su padre, comprendiendo ambos que su mirada queria decir: «al fin estamos en camino de volver al lado de los nuestros.»

No seguiremos á nuestros amigos en aquel camino penoso, pero que recorrian con el valor que presta la esperanza. Guitarrilla no echaba menos sus piernas de veinte años, y si tenia que sufrir algunas privaciones ó algunas injurias, en vez de encolerizarse decia: «bueno, bueno, esto no durará mucho: dejadme volver al regimiento, y todo me lo pagareis con los intereses.»

La marcha de la caravana, que se componia de unos cuarenta individuos, entre los cuales habia mercaderes, marabous, etc., era lenta y penosa. Ya tenian que atravesar un pais inculto y salvaje, ya encontraban campos y jardines cultivados con esmero. Un dia daban con una poblacion benéfica y hospitalaria, y al dia siguiente tenian que tratar con fanáticos sin compasion, que unian las amenazas á las injurias, sobre todo contra los perros franceses.

—Padre, decia Escipion, es un viaje rudo y desagraciado, pero cada paso que damos nos acerca á la Francia....

—Aun cuando debiera andar de cabeza lo que queda de camino, no me quedaría en él, respondió el veterano; ¿qué importan algunos dias de sufrimiento; qué importa la fatiga del viaje, cuando al fin estan el pais, la bandera, los amigos, y cuando vuelvo contigo, mi buen Escipion, contigo, sin cuyo auxilio no hubiera podido sufrir este cruel contratiempo?

En aquel momento llegaban á las orillas de un riachuelo, tapizadas de una yerba verde y frondosa, que tiene mucha analogía con el berro que crece en Europa á la márgen de las fuentes.

—Mira, dijo Guitarrilla á su hijo, ya ves que la Providencia nunca abandona á sus amigos. Ahora nos envia la salud del cuerpo, como dicen los vendedores de berros en París, y es preciso aprovecharse de ella. ¿Cómo se llama este riachuelo? preguntó á un mercader judío que formaba parte de la caravana.

—Rio Salado, respondió este.

—Ah! sí, ya comprendo, á causa de la ensalada que

crece en sus orillas. Estos diablos de árabes no son tan bestias como parece. La única cosa que me inquieta es el aderezo; pero no debe ser muy difícil; y por otra parte estaremos seguros de que no tendrá mucho vinagre.

La marcha duró aun muchos dias, y cada vez fué mas penosa; pero ni una queja salia de los labios de los prisioneros; todas las noches se abrazaban diciéndose: otro dia mas. Segun su cálculo, debian estar bien cerca del término de su viaje, y Escipion lo repetia á su padre. Al fin una noche que llegaron á una tribu muy hostil, no les quisieron dar de comer, porque era el Rhamadan ó cuaresma de los árabes. Guitarrilla estaba furioso, y pasó la noche echando pestes contra los beduinos: á la mañana siguiente, obligado á partir sin haberse desayunado, el soldado juraba y se enfurecia, cuando de pronto le detuvo Escipion, y designándole con el dedo un punto en el horizonte, exclamó: «padre, un uniforme francés!...

—Sí, sí, ya lo veo, reconozco el pantalon y el chaqué. Ah! qué gusto!... ¿No ves el número?

—Imposible.

—Es igual, es un francés; puede estar seguro de que voy á darle un abrazo. Mira, mi valiente Escipion, no daría mi placer por todas las rentas de Kader.

Habian llegado al sitio en que debía verificarse el canje, y al cual habia conducido un oficial de spahis los prisioneros árabes pedidos en pago del rescate de los franceses. Los soldados invasores corrieron á recibir á sus compatriotas, los llevaron hasta su campamento, y allí ambos fueron objeto de las atenciones mas delicadas. Guitarrilla se desquitó del ayuno de la víspera y de la mañana.

Sería difícil describir todo lo que Escipion y su padre experimentaron en aquel momento; despues de tanto padecer, tantos temores, tantas privaciones, se veian libres! volvian á abrazar á sus compatriotas.

Si esta historia no os fastidia, queridos niños, en el

inmediato número os contaremos la vuelta de Guitarrilla y su hijo al regimiento,

EL ANADE Y EL PETIMETRE JUZGADOS POR UN OSO.

FÁBULA.

Por los altos Pirineos
Vagaban no ha muchos meses
Un ánade muy gallardo
Y un muy necio petimetre.
Abandonando el primero
De la Noruega las nieves,
Buscaba templados climas,
Mas al cruzar el Pirene
Encontró al otro viandante
Que, de Madrid procedente,
Iba á olvidar su fastidio
Con los goces parisienses.
"Me alegre, dijo en voz baja
El meliflúo mozalvete;
Tanto me dá comer aves,
Como conejos ó liebres."
Y al ánade echando el ojo
Se disponía á cogerle,
Cuando vió un oso delante
Armado de agudos dientes.
—¿Quién de los dos vale mas?
Dijo el oso relamiéndose;
¿Cuál es vuestra profesion?
¿Qué oficio ó arte ejerceis?
Hablad pronto, vagabundos,
Que uno de vosotros debe
Cálmár el hambre horrorosa
Que aniquilado me tiene.
—Yo, señor, dijo temblando
El eleganton inerme,

Bailo la *polka* con gracia,
Como verá V., si quiere.
Monto además á caballo;
Tiro muy bien el florete;
Los cabellos sé atusarme,
Y la corbata ponerme.
—¿Y tú? preguntó nuestro oso,
Al ánade dirigiéndose.
—Yo, señor, contestó hnmilde,
No tengo seguro albergue;
Pero recorro la tierra,
Y nado como los peces,
Siendo utilísimo al hombre
Hasta despues de mi muerte.
Como que limpio sus campos
De insectos de varia especie,
Y le doy mis blandas plumas
Para que pose su frente.
—Está bien, dijo el oso; basta:
Tú vales mas, y así vete;
Porque conozco tu mérito,
Te deja marchar indemne.
En cuanto al bípido humano
Que el tiempo tan mal invierte,
Justo, muy justo será
Que su merecido lleve.
Le devoraré ahora mismo,
Y con eso el pobre ente
Hará alguna cosa útil,
Llenando mi hueco vientre.

TENORIO.